Número oculto

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

SOLUCION / Pág. 4

				B	R
5	3	8	6	4	0
5	0	8	1	2	0
7	3	9	5	1	1
3	6	7	1	0	2
4	0	9	8	0	1

Verano

ISLA MUJERES

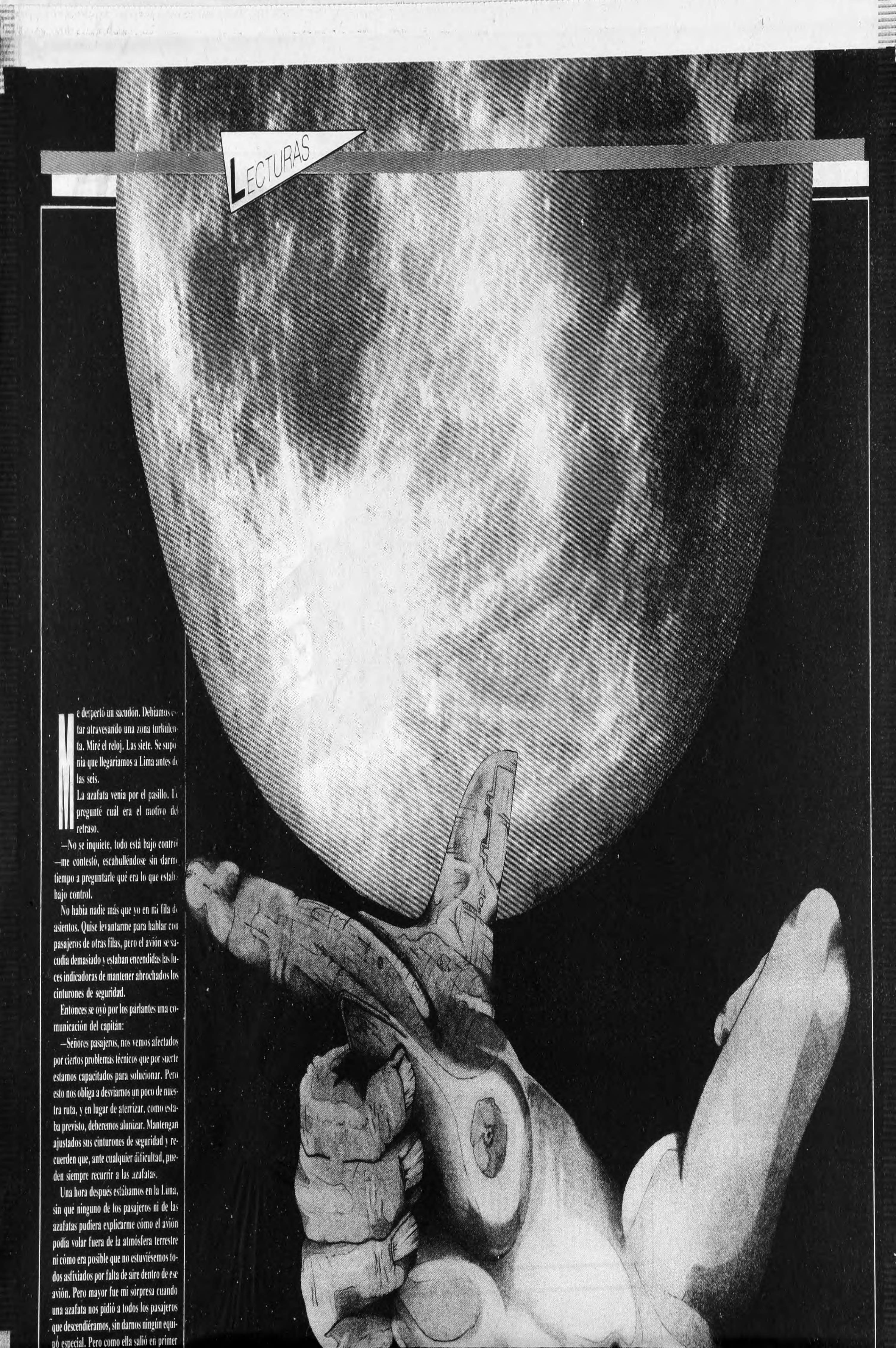
(Por Claudia Selser) Todo es así en Isla Mujeres, esta lagartija de arena y rocas clavadas quién sabe cómo en el Caribe, en un lugar que se supone el extremo oriental de México. Esa mañana vi cuando llegaron los italianos con las antiparras y las patas de rana y el más largo se metió en el mar y caminó interminablemente sin que el agua le alcanzara los hombros; porque en el Caribe para que el agua lo tape a uno tiene que andar horas, cuando no es tiempo de tornados.

Decía que yo vi al largo meterse y bucear sin mayor gracia, y luego lo escuché gritar como quien vio al diablo y llegar exhausto hasta la orilla. Y comprendí que cerca flotaba un cadáver que poco a poco fue tomando la forma de un adolescente mientras lo iban trayendo entre cuatro. Un cuerpo moreno y vestido apenas con una gastada bermuda de jean que de esta infortunada manera iba a convertirse en el primer mexicano que pisaba la playa esa temporada. Lo depositaron nomás sobre las marcas que dejan las olas y recibió allí su razón de defunción de un francés que dijo ser médico: muerte por golpes. Imaginé su último pasado en una noche de tragos sin mujeres y el puño final que aún se le notaba entre los ojos, y luego el mar haciéndose cargo del crimen.

Una ronda de *güeros* bronceados lo rodearon y casi estuvo a punto de convertirse en el suceso de la temporada que comentarían de vuelta en casa. Pero noté que nadie alteraba el volumen de sus walkman y que poco a poco las paletas comenzaron a repiquetear pelotas y el sol continuó bajando a pique cambiando de sombras los perfiles del muerto. A las 12 en punto, como todos los días, vinieron los seis de gendarmería, marchando uniformados y sin miedo al ridículo, de dos en dos, entre cuerpos con cabezas de sombrero, motonetas de mar y topless dormidas. Se acercaron al muerto y ondulando una sábana blanca lo convirtieron de ahí en más en un montículo, la leve ondulación donde se detienen las olas a la hora en que se aproxima la caminata de unos pocos metros hasta la palapa para los tragos, las tostadas de maíz y los cacahuates y ver desde el reparo la vuelta de los surfistas en embrollado tráfico con las barcazas de pescadores.

Para la llegada del último ferry que comunica la isla con la continental Cancún el montículo podría ya haberse confundido con un largo castillo de arena en una playa desierta. "Murió demasiado temprano como para ser un tema de los gringos durante la noche", pensé mientras veía llegar las guitarras y los grupos preparaban sus fogatas. Dos se iban perdiendo rumbo al faro pero se detuvieron pocos metros antes del montículo, depositaron una de tres cuartos de vino blanco sobre la arena y se tendieron boca arriba a contar estrellas.

Ni siquiera lo notaron. Lo vieron después cuando el grupo de gendarmes con refuerzos —en la misma formación y carabinas al cinto— les interrumpió el amor para llevarse al muerto sorteando fuegos y guitarras. Era medianoche cuando el muchacho dejó la playa y entró en los legajos como N.N. Como yo, como tantos, que morimos alguna vez festejando navidades.



Me despertó un sacudón. Debíamos estar atravesando una zona turbulenta. Miré el reloj. Las siete. Se suponía que llegaríamos a Lima antes de las seis.

La azafata venía por el pasillo. Le pregunté cuál era el motivo del retraso.

—No se inquiete, todo está bajo control —me contestó, escabulléndose sin darme tiempo a preguntarle qué era lo que estaba bajo control.

No había nadie más que yo en mi fila de asientos. Quise levantarme para hablar con pasajeros de otras filas, pero el avión se sacudía demasiado y estaban encendidas las luces indicadoras de mantener abrochados los cinturones de seguridad.

Entonces se oyó por los parlantes una comunicación del capitán:

—Señores pasajeros, nos vemos afectados por ciertos problemas técnicos que por suerte estamos capacitados para solucionar. Pero esto nos obliga a desviarnos un poco de nuestra ruta, y en lugar de aterrizar, como estaba previsto, deberemos alunizar. Mantengan ajustados sus cinturones de seguridad y recuerden que, ante cualquier dificultad, pueden siempre recurrir a las azafatas.

Una hora después estábamos en la Luna, sin que ninguno de los pasajeros ni de las azafatas pudiera explicarme cómo el avión podía volar fuera de la atmósfera terrestre ni cómo era posible que no estuviésemos todos asfixiados por falta de aire dentro de ese avión. Pero mayor fue mi sorpresa cuando una azafata nos pidió a todos los pasajeros que descendiéramos, sin darnos ningún equipo especial. Pero como ella salió en primer



Por Leo Maslíah

PARENTESIS

Leo Maslíah es uruguayo y supo repartir su vocación entre la música y las letras. Escribió cuentos, novelas y piezas de teatro. Entre sus obras se destacan "Historia transversal de Floreal Menéndez", "El show de José Fin", "El lado oscuro de la pelvis", "La tortuga y otros cuentos", "Tarjeta roja". El cuento que se presenta a continuación es inédito y forma parte del libro "El animal que todos tenemos adentro" que publicará próximamente Ediciones de la Flor.

Me despertó un sacudón. Debíamos estar atravesando una zona turbulenta. Miré el reloj. Las siete. Se suponía que llegaríamos a Lima antes de las seis.

La azafata venía por el pasillo. Le pregunté cuál era el motivo del retraso.

—No se inquiete, todo está bajo control —me contestó, escabulléndose sin darme tiempo a preguntarle qué era lo que estaba bajo control.

No había nadie más que yo en mi fila de asientos. Quise levantarme para hablar con pasajeros de otras filas, pero el avión se sacudía demasiado y estaban encendidas las luces indicadoras de mantener abrochados los cinturones de seguridad.

Entonces se oyó por los parlantes una comunicación del capitán:

—Señores pasajeros, nos vemos afectados por ciertos problemas técnicos que por suerte estamos capacitados para solucionar. Pero esto nos obliga a desviarnos un poco de nuestra ruta, y en lugar de aterrizar, como estaba previsto, deberemos alunizar. Mantengan ajustados sus cinturones de seguridad y recuerden que, ante cualquier dificultad, pueden siempre recurrir a las azafatas.

Una hora después estábamos en la Luna, sin que ninguno de los pasajeros ni de las azafatas pudiera explicarme cómo el avión podía volar fuera de la atmósfera terrestre ni cómo era posible que no estuviésemos todos asfixiados por falta de aire dentro de ese avión. Pero mayor fue mi sorpresa cuando una azafata nos pidió a todos los pasajeros que descendiéramos, sin darnos ningún equipo especial. Pero como ella salió en primer lugar, para dar el ejemplo, todos la seguimos. Había que saltar, ya que no estábamos en ningún aeropuerto y nadie había colocado escalera. Pero la gravedad en la Luna es bastante pequeña y nadie se lastimó.

No había problemas para respirar. El capitán también descendió, y luego de hablar unas palabras con las azafatas, nos pidió que lo siguiéramos. Ibamos por una región plana, sin cráteres ni montañas. Yo adelanté a otros pasajeros y me puse a caminar al lado del capitán. Le pregunté a dónde nos llevaba.

—A Lima —dijo.

—Pero Lima está en la Tierra, y nosotros estamos en la Luna —objeté.

—Sí, pero vamos a llegar. Yo conozco un atajo —me contestó él.

En eso una de las pasajeras, mujer ya mayor, dijo que tenía sed y se negaba a dar un paso más si no le servían algo de beber. Una de las azafatas le dijo entonces que para obtener agua en la Luna había que aplaudir. La pasajera no quiso hacerle caso y le preguntó si se trataba de una broma, pero la azafata le contestó batiendo palmas ella misma, para que todos viéramos lo que ocurría.

No tardó en formarse un espeso nubarrón a unos cincuenta o cien metros de nuestras cabezas, y de inmediato se desató un fuerte aguacero que nos empapó a todos. Pero los que tenían sed abrieron bien grande la boca hacia arriba y pudieron beber bastante.

Cuando retomamos la marcha me acerqué al capitán y le dije:

—Oiga, yo terminé el ciclo de enseñanza secundaria y si no estoy loco esto no puede ser la Luna. ¿Dónde estamos y qué clase de broma es ésta?

—Ninguna broma —contestó él, y me preguntó si mi pasaje era de primera clase o de clase económica.

—¿Eso qué tiene que ver? —lo increpé yo.

—Vaya al lugar que le corresponda y siga caminando con el resto de los pasajeros —me ordenó con sequedad.

—Yo pagué por viajar en avión, no por caminar —le dije, y me reintegré a la fila india de pasajeros que caminaban tras él, como una procesión de imbéciles.

Así llegamos al borde de un gran cráter.

—Métanse todos ahí adentro —ordenó el capitán.

Las azafatas la hicieron caso enseguida, tratando de bajar con cuidado, por las piedras que parecían estar más firmes. Algunos de los pasajeros las siguieron. La mujer que antes había tenido sed se acercó al capitán y le preguntó por qué había que meterse en el cráter.

—Es por su seguridad —respondió el capitán—. Si cae un meteorito, difícilmente lo haga en el mismo lugar donde antes cayó otro, ¿no le parece?

—Creo que está equivocado —intervine yo—. La probabilidad de que caiga un meteorito es la misma en cualquier parte. Además, no creo que caiga ninguno, porque este lugar tiene una atmósfera que nos protege.

—Yo pienso que hay que hacer lo que dice el capitán —dijo la mujer, y se puso a descender, seguida de los demás.

Sólo quedamos fuera del cráter el capitán y yo.

—¿Y? —le dije—. ¿Usted no baja?

—Baje usted primero —contestó—. Quiero asegurarme de que todos estén a salvo.

—No. Primero usted —le dije, y lo empujé. Cayó por la superficie del cráter hasta chocar con uno de los pasajeros, desencadenando una avalancha humana que llevó a esa gente a bajar hasta una zona que estaba en el límite de mi visibilidad. Oí que gritaban, pero yo no podía ayudarlos en nada. Además, la culpa de lo ocurrido no era mía, sino de ese estúpido capitán.

Así que me fui a explorar el terreno. Me alejé del cráter en la misma dirección en que habíamos venido caminando, o en una dirección similar; no puedo estar seguro porque ya no veía el avión, y no tenía otro punto de referencia.

A veces me detenía para descansar, y entonces observaba que del suelo brotaban unas matas de pasto que parecían pelo humano. Cuando retomaba la marcha, las matas desaparecían.

Debo haber dado una vuelta completa alrededor de la Luna (o de donde fuera que estaba), porque en cierto momento me topé con el avión. No podía subir a él, porque no había escalera. Y de pronto vi que detrás de cada ventana estaba la cara de un pasajero. Todos parecían estar ahí. No sé cómo habían hecho para subir. Uno de ellos, además, estaba ocupando mi asiento.

Los motores empezaron a rugir, y simultáneamente del cielo cayó nieve. Tuve que alejarme, por el viento y por el temor a ser arrollado. El avión se fue y lo vi volar en dirección a algo que podía ser la Tierra, aunque se veía bastante pequeña. Estaba en el cielo, en posición crepuscular.

¿Qué podía yo hacer? Estaba solo en un lugar que ciertamente no era la Luna, pero que en cierto modo lo era. Me puse a blasfemar contra la compañía aérea. ¿Cómo podían dejarme allí, si yo había pagado mi pasaje?

De pronto sentí que me caían encima algo así como excrementos de pájaros, aunque no veía ninguno de estos animales en el cielo. Corrí unos cien o doscientos metros y entonces la precipitación cesó.

Más tarde, cuando tuve sed, aplaudí y tomé el agua de la lluvia que se formó. Al poco tiempo, por suerte, descubrí que cuando silbaba caía comida del cielo. Entonces me puse a probar qué pasaba si emitía otros sonidos. Al tirarme un pedo, cayeron libros. Al eructar, cayó una mujer. Yo me entusiasmé y seguí eructando, pero no cayeron más mujeres. Tuve que conformarme con ésta.

Ella sabía canciones que hacían caer diferentes tipos de objetos. Buenamente quiso enseñármelas, pero yo soy muy desafinado y cuando cantaba la canción llamadora de videocasetes, por ejemplo, caían estufas a querosén.

Tuve que recurrir a la mujer para obtener las cosas que necesitaba. Poco a poco fui reconstruyendo así mi casa y mi ciudad natal, con algunas correcciones que se me ocurrieron.

Esta mujer caída del cielo y yo nos turnábamos para dormir, porque si nos quedábamos los dos en silencio empezaban a brotar del suelo aquellas matas de pelo, que según ella me explicó, eran las cabelleras de unos seres diabólicos que, de mantenernos nosotros en silencio, habrían de brotar de cuerpo entero.

Todavía hoy me pregunto qué motivación tenía la mujer (no me atrevo a llamarla "mi" mujer, aunque después de que ella hizo caer del cielo mi cama, y después de que la fuimos a buscar a la azotea de mi casa y la llevamos al dormitorio, empezamos a acostarnos juntos todas las noches), qué motivación tenía, digo, para hacer bajar del cielo todo lo que yo le pedía. Quizá fuera una especie de genio como el de la lámpara de Aladino, o algo así, y debido a cierto reglamento celeste ella se veía obligada a obedecerme por haber sido yo quien la había bajado a la Luna después de quién sabe cuánto tiempo de estar quién sabe dónde. Tengo que confesar que su cara me era vagamente familiar, pero no acierto a definir a quién me recordaba.

A medida que la ciudad se fue completando con lo que ella traía del cielo, fue dejando de hacerse necesario que nos turnáramos para dormir. Con tantos millones de personas, autos, fábricas y usinas el ruido era constante y los seres diabólicos no aparecían. Aunque de haber podido hacerlo en caso de que por algún motivo reinara de pronto el silencio en la ciudad, difícilmente hubieran aparecido. El suelo lunar ya había quedado demasiado abajo, y dudo de que esos seres pudieron perforar con sus cabezas el pavimento que la mujer había sedimentado por doquier. Quizá podían haber aparecido en las plazas o en los terrenos baldíos. Estos terrenos baldíos, por supuesto, no aparecieron a pedido mío. Fueron un subproducto natural de haber hecho aparecer a tanta gente. También se dieron toda clase de otros subproductos: hijos, vendedores ambulantes, *smog*, partidos políticos, etc. También surgieron otros países, porque la mujer los fue necesitando para poder sostener la estructura ya erigida. Por ejemplo, cuando yo le pedí que bajara chocolate suizo a las estanterías de los supermercados, ella bajó también la oficina de importaciones, y más adelante, cuando el chocolate se terminó y se hicieron insoportables las protestas del importador por no tener de dónde importar más cantidad, ella tuvo que hacer bajar a Suiza y ponerla en algún lugar. Y también tuvo que hacer bajar al Brasil, para que la industria suiza adquiriera de allí las materias primas necesarias. Otro ejemplo: yo había solicitado la presencia de Zoila, una señora que siempre me cosía la ropa a precios módicos. Pues bien, Zoila tenía un hijo en Canadá, y cuando fue al correo para enviarle una carta y le dijeron que no existía el Canadá, armó un escándalo que sólo fue posible apaciguar cuando yo le pedí a la mujer genio que cantara la canción llamadora de aquel país. Era una canción extraña, parecía folklore de Kenia. Y la canción que utilizó para traer a Estados Unidos me recordó la Sinfonía del Nuevo Mundo, de Antonin Dvorak, mientras que la tonada con que trajo a Checoslovaquia parecía *gagaku* japonés.

Por supuesto, para que todos esos países que iban llegando cupieran en la Luna (o donde fuera que estábamos) fue necesario que la superficie se ampliara, y para esto hubo que hacer aumentar el volumen del planeta, ya que de otra forma todos los países iban a quedar con montañas, precipicios, rugosidades y todo tipo de accidentes naturales que los modelos auténticos no tenían, con el riesgo de provocar cambios que afectaran demasiado las costumbres de los pobladores. Por ejemplo, podía pasar que el desierto del Sahara quedara en la ladera de una montaña cientos de veces más alta y escarpada que el Everest, con el consiguiente desconcierto de los camellos. Así fue como grandes masas de roca, petróleo, mineral de hierro, níquel y otras sustancias fueron llegando desde el cielo, al principio aplastando los espacios ya estructurados, pero luego la mujer con sus canciones reponía las pérdidas. El día que los arqueólogos hagan excavaciones en esos lugares se encontrarán con que a varios kilómetros bajo tierra se hallan los restos de una civilización exactamente igual a la que habita la superficie.

Pero a todo esto un día la mujer genio empezó a quedar afónica, así que ante la eventualidad de que se tratara de un mal crónico, antes de que quedara sin voz le pedí que hiciera llover un avión que me condujera a Lima.

Ello lo hizo, y también hizo caer del cielo mi pasaje.

Ahora el avión ya despegó. Escribo el relato de cómo llegué aquí, y al terminar estas líneas voy a tratar de dormir. El avión se sacude mucho; debemos estar atravesando una zona turbulenta.

Por Leo Maslíah

PARENTESIS

Leo Maslíah es uruguayo y supo repartir su vocación entre la música y las letras. Escribió cuentos, novelas y piezas de teatro. Entre sus obras se destacan "Historia transversal de Floreal Menéndez", "El show de José Fin", "El lado oscuro de la pelvis", "La tortuga y otros cuentos", "Tarjeta roja". El cuento que se presenta a continuación es inédito y forma parte del libro "El animal que todos tenemos adentro" que publicará próximamente Ediciones de la Flor.



mos. Había que saltar, ya que no estábamos en ningún aeropuerto y nadie había colocado escalera. Pero la gravedad en la Luna es bastante pequeña y nadie se lastimó.

No había problemas para respirar. El capitán también descendió, y luego de hablar unas palabras con las azafatas, nos pidió que lo siguiéramos. Íbamos por una región plana, sin cráteres ni montañas. Yo adelanté a otros pasajeros y me puse a caminar al lado del capitán. Le pregunté a dónde nos llevaba.

—A Lima —dijo.

—Pero Lima está en la Tierra, y nosotros estamos en la Luna —objeté.

—Sí, pero vamos a llegar. Yo conozco un atajo —me contestó él.

En eso una de las pasajeras, mujer ya mayor, dijo que tenía sed y se negaba a dar un paso más si no le servían algo de beber. Una de las azafatas le dijo entonces que para obtener agua en la Luna había que aplaudir. La pasajera no quiso hacerle caso y le preguntó si se trataba de una broma, pero la azafata le contestó batiendo palmas ella misma, para que todos viéramos lo que ocurría.

No tardó en formarse un espeso nubarrón a unos cincuenta o cien metros de nuestras cabezas, y de inmediato se desató un fuerte aguacero que nos empapó a todos. Pero los que tenían sed abrieron bien grande la boca hacia arriba y pudieron beber bastante.

Cuando retomamos la marcha me acerqué al capitán y le dije:

—Oiga, yo terminé el ciclo de enseñanza secundaria y si no estoy loco esto no puede ser la Luna. ¿Dónde estamos y qué clase de broma es ésta?

—Ninguna broma —contestó él, y me preguntó si mi pasaje era de primera clase o de clase económica.

—¿Eso qué tiene que ver? —lo increpé yo.

—Vaya al lugar que le corresponda y siga caminando con el resto de los pasajeros —me ordenó con sequedad.

—Yo pagué por viajar en avión, no por caminar —le dije, y me reintegré a la fila india de pasajeros que caminaban tras él, como una procesión de imbéciles.

Así llegamos al borde de un gran cráter.

—Métanse todos ahí adentro —ordenó el capitán.

Las azafatas le hicieron caso enseguida, tratando de bajar con cuidado, por las piedras que parecían estar más firmes. Algunos de los pasajeros las siguieron. La mujer que antes había tenido sed se acercó al capitán y le preguntó por qué había que meterse en el cráter.

—Es por su seguridad —respondió el capitán—. Si cae un meteorito, difícilmente lo haga en el mismo lugar donde antes cayó otro, ¿no le parece?

—Creo que está equivocado —intervine yo—. La probabilidad de que caiga un meteorito es la misma en cualquier parte. Además, no creo que caiga ninguno, porque este lugar tiene una atmósfera que nos protege.

—Yo pienso que hay que hacer lo que dice el capitán —dijo la mujer, y se puso a descender, seguida de los demás.

Sólo quedamos fuera del cráter el capitán y yo.

—¿Y? —le dije—. ¿Usted no baja?

—Baje usted primero —contestó—. Quiero asegurarme de que todos estén a salvo.

—No. Primero usted —le dije, y lo empujé. Cayó por la superficie del cráter hasta chocar con uno de los pasajeros, desencadenando una avalancha humana que llevó a esa gente a bajar hasta una zona que estaba en el límite de mi visibilidad. Oí que gritaban, pero yo no podía ayudarlos en nada. Además, la culpa de lo ocurrido no era mía, sino de ese estúpido capitán.

Así que me fui a explorar el terreno. Me alejé del cráter en la misma dirección en que habíamos venido caminando, o en una dirección similar; no puedo estar seguro porque ya no veía el avión, y no tenía otro punto de referencia.

A veces me detenía para descansar, y entonces observaba que del suelo brotaban unas matas de pasto que parecían pelo humano. Cuando retomaba la marcha, las matas desaparecían.

Debo haber dado una vuelta completa alrededor de la Luna (o de donde fuera que estaba), porque en cierto momento me topé con el avión. No podía subir a él, porque no había escalera. Y de pronto vi que detrás de cada ventana estaba la cara de un pasajero. Todos parecían estar ahí. No sé cómo habían hecho para subir. Uno de ellos, además, estaba ocupando mi asiento.

Los motores empezaron a rugir, y simultáneamente del cielo cayó nieve. Tuve que alejarme, por el viento y por el temor a ser arrollado. El avión se fue y lo vi volar en dirección a algo que podía ser la Tierra, aunque se veía bastante pequeña. Estaba en el cielo, en posición crepuscular.

¿Qué podía yo hacer? Estaba solo en un lugar que ciertamente no era la Luna, pero que en cierto modo lo era. Me puse a blasfemar contra la compañía aérea. ¿Cómo podían dejarme allí, si yo había pagado mi pasaje?

De pronto sentí que me caían encima algo así como excrementos de pájaros, aunque no veía ninguno de estos animales en el cielo. Corrí unos cien o doscientos metros y entonces la precipitación cesó.

Más tarde, cuando tuve sed, aplaudí y tomé el agua de la lluvia que se formó. Al poco tiempo, por suerte, descubrí que cuando silbaba caía comida del cielo. Entonces me puse a probar qué pasaba si emitía otros sonidos. Al tirarme un pedo, cayeron libros. Al eructar, cayó una mujer. Yo me entusiasmé y seguí eructando, pero no cayeron más mujeres. Tuve que conformarme con ésta.

Ella sabía canciones que hacían caer diferentes tipos de objetos. Buenamente quiso enseñármelas, pero yo soy muy desafinado y cuando cantaba la canción llamadora de videocasetes, por ejemplo, caían estufas a querosén.

Tuve que recurrir a la mujer para obtener las cosas que necesitaba. Poco a poco fui reconstruyendo así mi casa y mi ciudad natal, con algunas correcciones que se me ocurrieron.

Esta mujer caída del cielo y yo nos turnábamos para dormir, porque si nos quedábamos los dos en silencio empezaban a brotar del suelo aquellas matas de pelo, que según ella me explicó, eran las cabelleras de unos seres diabólicos que, de mantenernos nosotros en silencio, habrían de brotar de cuerpo entero.

Todavía hoy me pregunto qué motivación tenía la mujer (no me atrevo a llamarla "mi" mujer, aunque después de que ella hizo caer del cielo mi cama, y después de que la fuimos a buscar a la azotea de mi casa y la llevamos al dormitorio, empezamos a acostarnos juntos todas las noches), qué motivación tenía, digo, para hacer bajar del cielo todo lo que yo le pedía. Quizá fuera una especie de genio como el de la lámpara de Aladino, o algo así, y debido a cierto reglamento celeste ella se veía obligada a obedecerme por haber sido yo quien la había bajado a la Luna después de quién sabe cuánto tiempo de estar quién sabe dónde. Tengo que confesar que su cara me era vagamente familiar, pero no acierto a definir a quién me recordaba.

A medida que la ciudad se fue completando con lo que ella traía del cielo, fue dejando de hacerse necesario que nos turnáramos para dormir. Con tantos millones de personas, autos, fábricas y usinas el ruido era constante y los seres diabólicos no aparecían. Aunque de haber podido hacerlo en caso de que por algún motivo reinara de pronto el silencio en la ciudad, difícilmente hubieran aparecido. El suelo lunar ya había quedado demasiado abajo, y dudo de que esos seres pudieron perforar con sus cabezas el pavimento que la mujer había sedimentado por doquier. Quizá podían haber aparecido en las plazas o en los terrenos baldíos. Estos terrenos baldíos, por supuesto, no aparecieron a pedido mío. Fueron un subproducto natural de haber hecho aparecer a tanta gente. También se dieron toda clase de otros subproductos: hijos, vendedores ambulantes, *smog*, partidos políticos, etc. También surgieron otros países, porque la mujer los fue necesitando para poder sostener la estructura ya erigida. Por ejemplo, cuando yo le pedí que bajara chocolate suizo a las estanterías de los supermercados, ella bajó también la oficina de importaciones, y más adelante, cuando el chocolate se terminó y se hicieron insoportables las protestas del importador por no tener de dónde importar más cantidad, ella tuvo que hacer bajar a Suiza y ponerla en algún lugar. Y también tuvo que hacer bajar al Brasil, para que la industria suiza adquiriera de allí las materias primas necesarias. Otro ejemplo: yo había solicitado la presencia de Zoila, una señora que siempre me cosía la ropa a precios módicos. Pues bien, Zoila tenía un hijo en Canadá, y cuando fue al correo para enviarle una carta y le dijeron que no existía el Canadá, armó un escándalo que sólo fue posible apaciguar cuando yo le pedí a la mujer genio que cantara la canción llamadora de aquel país. Era una canción extraña, parecía folklore de Kenia. Y la canción que utilizó para traer a Estados Unidos me recordó la Sinfonía del Nuevo Mundo, de Antonin Dvorak, mientras que la tonada con que trajo a Checoslovaquia parecía *gagaku* japonés.

Por supuesto, para que todos esos países que iban llegando cupieran en la Luna (o donde fuera que estábamos) fue necesario que la superficie se ampliara, y para esto hubo que hacer aumentar el volumen del planeta, ya que de otra forma todos los países iban a quedar con montañas, precipicios, rugosidades y todo tipo de accidentes naturales que los modelos auténticos no tenían, con el riesgo de provocar cambios que afectaran demasiado las costumbres de los pobladores. Por ejemplo, podía pasar que el desierto del Sahara quedara en la ladera de una montaña cientos de veces más alta y escarpada que el Everest, con el consiguiente desconcierto de los camellos. Así fue como grandes masas de roca, petróleo, mineral de hierro, níquel y otras sustancias fueron llegando desde el cielo, al principio aplastando los espacios ya estructurados, pero luego la mujer con sus canciones reponía las pérdidas. El día que los arqueólogos hagan excavaciones en esos lugares se encontrarán con que a varios kilómetros bajo tierra se hallan los restos de una civilización exactamente igual a la que habita la superficie.

Pero a todo esto un día la mujer genio empezó a quedar afónica, así que ante la eventualidad de que se tratara de un mal crónico, antes de que quedara sin voz le pedí que hiciera llover un avión que me condujera a Lima.

Ello lo hizo, y también hizo caer del cielo mi pasaje.

Ahora el avión ya despegó. Escribo el relato de cómo llegué aquí, y al terminar estas líneas voy a tratar de dormir. El avión se sacude mucho; debemos estar atravesando una zona turbulenta.

LA PORTADORA

Folletín erótico
de Pedro Lipcovich

9. Antonia

A veces —sonreían las chicas del videobar—, el anciano había estado esperándola.

Desde que está con Claudio, Viviana falta del prostíbulo. Ya volverá. En realidad, nunca fue una empleada ejemplar; en los prostíbulos, como en cualquier establecimiento comercial, las vendedoras deben atenerse a pautas de asistencia, puntualidad y laboriosidad en cuyo cumplimiento Viviana, por así decirlo, dejó mucho que desear. El hecho es que, al llegar después de días o semanas de ausencia, Viviana encontraba un clavel encarnado marchitándose en un vaso de papel, y las chicas le decían que había estado el viejo. El iba el segundo jueves de cada mes. Muy flaco y cuidadoso, con su bastón y su clavel en el ojal. Si Viviana no estaba, dejaba la flor para ella; si ella estaba, la esperaba. A solas los dos, abría un paquete de papel madera de donde sacaba una sábana limpia. Cuando se disponía a tenderla sobre la cama de todos, Viviana con suavidad se la quitaba para hacerlo ella. El tomaba un billete doblado en cuatro del bolsillo de su chaleco; después de dárselo, cada vez, le preguntaba si podía llamarla Antonia. Viviana le decía que sí. Después de que Viviana había dicho sí, él le regalaba la flor. Gracias, sonreía Viviana. Al desnudarse, él doblaba con mucho cuidado el único traje, siempre bien planchado. Su cuerpo era muy blanco y limpio, con pecas de vejez. Se sentaba en el borde de la cama y Viviana a su lado, y le contaba recuerdos de Antonia:

Una vez, hacía poco que se conocían, en una feria de pájaros se perdieron el uno del otro. Entre las hileras de jaulas caóticas se buscaban, sus llamados se apagaban entre gritos de pájaros, él tiró abajo una jaula llena de canarios, de repente, la encontró, otro hombre trataba de hablarle y ella se echó en sus brazos. Otra vez él había comprado una Kodak y la convenció de sacarle fotos desnuda con la condición de hacerlas revelar lejos, en un lugar por donde nunca tuvieran que pasar, y al final las fotos salieron veladas. Otra vez el hijo menor, que ya era un hombre, llegó con su familia sin avisar y los encontró haciendo el amor en la cocina y ella se avergonzó tanto.

—Vos te parecés mucho a ella cuando era joven —le decía después del recuerdo, y era como la señal para que se acostaran.

El protestaba como un chico cuando ella le protegía el sexo. Después Viviana lo abrazaba con precaución. El se mecía despacio y ella seguía su ritmo. El sexo del anciano se afirmaba o se aplacaba al tiempo de quién sabe qué recuerdos, y sólo al final, cuando daba su envión profundo, él la llamaba por el nombre, Antonia, repetía.

Una vez se equivocó: dijo Viviana, en vez de Antonia. Quedó muy avergonzado, le pedía disculpas. Viviana reía pero él sólo se tranquilizó un poco cuando ella aceptó sus disculpas. Después de esa vez ella temió que no volviera; ella se sorprendió temiendo que él no volviera. Pero el segundo jueves del mes siguiente él estaba allí. Desde entonces ella no faltó los segundos jueves. Dos meses después, al despedirse, él le dijo:

—Estoy un poco enfermo.

Después, cuando él no volvió más, Viviana se arrepintió de haberle dicho que no, que se lo veía bien, que había estado mejor que nunca, en vez de haberle tomado sencillamente la mano o haberlo besado en la boca.

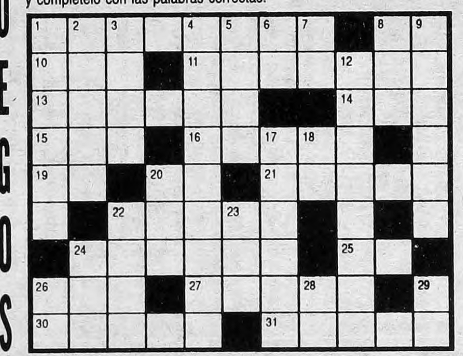
(Continuará.)

JUEGOS

CRUCIGRAMA

• Bolazograma

Este crucigrama no es recomendable para crédulos. Cada palabra que lo forma cuenta con dos definiciones. Una es la correcta mientras que la otra es un verdadero bolazo. No se deje engañar y complételo con las palabras correctas.



VERTICALES

1 Región de la atmósfera./ Lugar para poner plantas.
2 Impresión que hace en la retina la luz./ Calzado abierto.
3 Cabello./ Cima.
4 Disonancia, discordancia./ Cráneos.
5 Atreverse./ Utilizar.
6 Medida itineraria china./ Artículo (fem.).
7 Usted./ Prefijo.
8 Metal precioso./ Bisonte europeo.
9 Medio./ Que canta.
12 Rivales (fem.)./ Loza de esmalte metálico.
17 Pasan de afuera hacia adentro./ Mayor intensidad con que se pronuncia determinada sílaba.
18 Interjección./ Habla, exprésate.
20 Coliflor./ Número.
22 Aroma, fragancia./ Principal de una abadía.
23 Cloruro de sodio./ Apócope de tanto.
24 Pendiente, argolla./ Hidróxido de calcio para la construcción.
26 Afirmación./ Terminación de infinitivo.
28 Nota musical./ Onamatopeya de risa.
29 Símbolo del neón./ Virtud teologal.

HORIZONTALES

1. Partícula./ Sitio donde se para.
8. Antigua lengua provenzal./ Verbi gracia.
10. Planta liliácea cuyo bulbo se utiliza como condimento./ Organo de la visión.
11. A propósito para ser asada./ Acción y efecto de llorar (pl.).
13. Marca, cicatriz./ Que causa risa (fem.).
14. Preposición./ Impar.
15. Autillo./ Letra griega.
16. Sabio, instruido./ Demente.
19. Símbolo del tantalio. /En este momento.
20. Interjección de cansancio./ Onomatopeya de ruido.
21. Ingirió./ Cantidad fija proporcionada.
22. Tome nota./ Acción y efecto de teñir.
24 Presunción, vanidad./ Ponen abono.
25 Letra griega./ Juego de mesa oriental.
26. Edad, etapa./ Estado de tranquilidad en una región.
27 Prefijo: adentro./ Tener miedo.
30 Cuchillo grande de punta aguda./ Circunda, ciñe.
31 Acción y efecto de saltar./ Punto cardinal.

MINI-CLIP

Anote las palabras siguiendo las flechas.

De la mejilla
Dios musulmán
Río europeo
Cetáceo marino
Cociné a las brasas
Señal, estigma
Apodo, mote
Riña
Invoco, recurro
De escaso pelo
Artificio de pesca
Cortar el pelo al rape
Atas, anudas
Dios del viento
Título de deuda del Estado
Monigote
Astro del dibujo
Armonioso
Sobrino de Abraham
Ala del ave sin plumas
Sitúa, coloca
Solitario

LIZÁN

AYUDAS: Cachalote, Malar.

SOLUCIONES

SOLUCION 5386

MOLECULA■OC
AJO■ASADERA
COMICA■■NON
ETA■ORATE■T
TA■UF■COMIO
A■ANOTE■I■R
■ABONAN■GO■
ERA■INTRA■F
RODEA■OESTE

MARCA
ALIAS
LANCE
A■■H■
RAPAR
■PELELE■B
■MELODIOSO
■LOT■ALON
PONE■SOLO